



Inteligencia y sensorialidad

LOS POEMAS DE FRANCISCO RUIZ NOGUERA DESVELAN algo del secreto del mundo y desvelan algo del secreto de escribir un poema. Estos poemas dicen que un poema es un espacio: el lugar donde las palabras se reúnen para descubrir el sentido de las cosas. Es un espacio detenido: *Simulacro de fuego* me demuestra cómo un poema congela la vida en la palabra: es una forma de fijeza, de muerte y fuga de la muerte, como una instantánea fotográfica. Algo queda siempre sin decir: el ruido del mundo es un silencio que resuena en la palabra poética.

Un poema nombra el silencio presente en el ruido del mundo: la muerte en la vida. Francisco Ruiz Noguera la sorprende, por ejemplo, en el aroma de unas mondas de fruta sobre un plato. He aquí la potestad del poeta: sólo yo, dice la voz de los poemas de Francisco Ruiz Noguera, veo el revés de las cosas, el fantasma que acecha. Los poemas de *Simulacro de fuego* concilian inteligencia y sensorialidad: el tránsito de todas las cosas se revela a quien sepa y quiera mirarlo. Está en las mondas de fruta, en los dibujos de las nubes, en el juego de unos muchachos. Hablamos para nombrar la muerte. Leyendo *Simulacro de fuego* he pensado en la intuición certera de Heidegger: hay una rara conexión entre muerte y lenguaje. Los seres humanos son los únicos seres vivos que hablan, los únicos que nombrar y piensan la muerte.

Un poema descubre lo singular de cada cosa, adivina que cada cosa es única en la sucesión sin cambio de los días. Cada cosa es única, singular, inagotable mientras desaparece. Pero se nombra de muchas maneras distintas. Francisco Ruiz Noguera averigua lo inacabable de las cosas únicas en el poema «Bahía». Cada modulación de la frase dice una cosa nueva. Aprender a escribir es aprender a nombrar las cosas, cada cosa única, con la palabra exacta, nueva y permanente. El poeta lee las cosas y las nombra: los días se exploran como un libro querido, se exploran como días los libros que dicen los días. El mundo, hecho de tiempo,

cobra sentido cuando se convierte en palabras. Escribir un poema reproduce la operación de montaje de una película (pero es una extraña película quieta): el poeta ordena los signos como el montador de una película ordena los fotogramas. El poema es una pantalla sobre la que se representa el paso del tiempo, el lenguaje que dice la muerte. El lenguaje del poema es el cristal finísimo del tiempo, a punto de quebrarse. Las horas dejan su dibujo en cada cuerpo: los signos del poema dejan su dibujo en la página en blanco.

Escribir es un acto de amor al mundo. Escribir nos justifica como el amor: el amor, seda y zarpazo, dice Francisco Ruiz Noguera. Como el amor, el acto de escribir nunca da la plenitud por alcanzada: el poeta de *Simulacro de fuego* sabe que escribir es buscar la línea del horizonte, siempre ilusoria, siempre más allá. El poema siempre es sugerencia, adivinación de lo que nunca termina de ser nombrado. La hoja es un espejo de papel, incompleto, engañoso, creación de un mundo sobre el mundo.

JUSTO NAVARRO